

Que con tres cuerpos gobernó en España,
Y en triplicada voz, forma, y presencia,
Estado le hizo y magestad estraña:
De tres cetros gozó la preeminencia,
De tres tiaras sus sienas acompaña,
Y de otros tantos cuellos hizo hambriento
Hércules su gallardo vencimiento.

Este guiaba los pueblos que al Garona
Las riberas cultivan y la greña,
Tras de quien el marqués de Carcasona
Feroz guió su tremolante seña:
Godofre era su nombre, y su persona
De altivo aliento, y alma zahareña:
Tras de los dos Galbanes, hijo y padre,
Belleza no hay que á su beldad no cuadre.

Entre oro, plumas, plata y pedrería,
En dos blancos caballos, van iguales
Al alba de oro el uno, el otro al día,
Cuando alegrando salen los mortales,
Ballugante y Arloto de Suria:
Bujaforte y Franconio de Hardales
Seguian, este lansgrave de Alemania,
Y del viejo hijo aquel de la montaña.

Pasó el gran Durandarte, pasó el fiero
Farfarelo, Franconio, y Matalista,
Bracamonte el galan, Guido el severo,
El rico Astolfo, y el sutil Arista,
Aymo, Hermion, Liofan, Claudio, y Galtero,
Y Egibardo en dorada sobrevista,
Del César y del cielo tan amado,
Que alcanzó sin envidia á ser privado.

Este solo nació y vivió en la tierra
Sin le haber murmurado, este hombre solo
De émulos sé libró, y á la cruel guerra
De acedos zelos fue encubierto polo:
¡Oh quanto odio mordaz la envidia encierra!
Pues en el gran combez que alumbra Apolo,
Uno solo ha pasado en feliz vuelo,
Y aun ese ignoro si nació en el suelo.

Que Egibardo de todos los anales
Por un hombre marino es referido,
Que en el mar de Sicilia entre corales
Un pescador le halló recién nacido;
De adonde el tiempo en cercos desiguales
A ser segundo en Francia le ha subido,
Si ya á dicha es segundo, y no primero,
Y un privado no es todo un reino entero.

Y si como es la fama en el Pachino
Concha de nacar le arrojó del seno,
Y en los campos del reino cristalino
Rocio le concibió del mar Tirreno;
Sin duda fue su origen peregrino,
Pronóstico feliz de dichas lleno,
Y el parto de Parténope fecundo,
Sirena cuyo canto encantó el mundo.

Es fama que otro tiempo dieron canas,
De blancos huesos de hombres sus riberas
En el mar de Sicilia, tres hermanas,
Beldades crueles, y hermosuras fieras:
Con música encantando, y voces vanas,
Los capitanes y las naos guerreras,
Que de lo mas distante de la tierra
Marte guiaba á la troyana guerra.

Fue esta grave jornada á quien los hados
Amasado quisieron dar el mundo,
Y ellas las que á sus playas los forzados
Navios traian por el mar profundo:
Solo Ulises con oidos destapados
Pasó el primero, sin usar segundo,
Al son de sus cantares, de quien pudo,
Pues no fue en oidos sordo, no ser mudo.

Salvó todas sus gentes belicasas
Con cerrarles el paso á las querellas
De aquellas tres hambrientas tiernas diosas,
Y él sus canciones escuchó, y en ellas

Acentos de palabras poderosas
A detener su curso á las estrellas,
Hacer correr los montes, y el violento
Curso enfrenar del alterado viento.

Y aun si la entena en que él se habia ligado
Guardara entonces el primer sentido,
Que en su selva la hizo árbol copado,
De alguna antigua ninfa estrecho nido,
Nunca él pasara libre, ni el sagrado
lilon diera en ceniza convertido,
Mas sus desnudos huesos en la playa
Fueran cual los demás cándida raya.

Tan poderoso fue el hablar gallardo
De aquellos tres portentos de elocuencia,
Señal que de una dellas fue Egibardo
Parto feliz, pues heredó su ciencia,
Con que al César hacia breve, ó tardó,
Y en su gobierno aquella diferencia
Qus sus gustos pedian, y á ese modo
Del reino lo mejor le seguia todo.

De diez veces quinientos la arrogante
Escuadra daba al sol timbres dorados,
Gente al trabajo con fervor constante,
De fuerzas firme, y de ánimos doblados;
En voladoras flechas abundante,
Aljabas de marfil, y arcos pintados,
Que al campo arrojan en crujir sonoro
Nubes de arpones, como lluvia de oro.

Pues de tí, ó noble Lanio, que ya fuiste
Nieto del vengativo Balisarte,
Que de Carlos Martel en luto triste
Del reino recibió el real estandarte,
¿Cómo contaré el brio con que diste
Placer al campo todo, envidia á Marte,
En tu gallarda entrada, mas vistosa
Que del florido mayo el alba hermosa?

Subiste altivo al grave oficio honroso
De don Galfredo, hijo de Uliano
Gran duque de Saboya, á quien brioso
Dió injusta muerte el falso conde Gano,
Feliz á no vivir tan receloso
De su hermosa Olinda, casta en vano,
Pues ella en lo mejor quedó perdida,
Y el alevoso conde sin la vida.

Que el ofendido padre en la venganza
Del muerto hijo destruyó su estado,
Mató al conde, y á su única esperanza
El bello Florambel, mató al culpado
Guasco, mató diez condes de Maganza,
Mató á Olinda, mató á su padre amado,
Mató á dos hijos de su anciano suegro,
Celin el blanco, y Alisandro el negro.

El uno en hacer mal á los caballos,
Y otro en justar insignemente diestros,
Ricos de fama, y ricos de vasallos,
Pero de hados por igual siniestros,
Pues pudo un muerto jóven degollarlos
Por mas que fuesen en huir maestros,
A quien sucedió Lanio, que llevaba
Tras sí una escuadra rozagante y brava.

Juzgóse encima de un obero armado
Al dorado Orion, cuando espantoso,
De pardas nubes y furor cercado,
Sobre el Carpacio mar hierve espumoso:
De los floridos pueblos rodeado,
En gruesa tropa y escuadron vistoso,
Que en el río Liger con nevadas vueltas
Las aguas hurtan á los montes Celtas.

No llevan estos, ni usan armas nobles
De acicalado acero relucientes,
Ni en carros suben, ni los duros robles
En lanzas enderezan eminentes:
Mas de sus diestras hondas los redobles
Grandes riscos arrojan, y en valientes
Cercos escupen, al voltear parejos,

LIBRO VIGÉSIMOCUARTO.

ARGUMENTO. Llegan á descubrirse los campos de Francia y España. Ordena y anima cada capitán el suyo, y al embestirse, Morgante da principio á la famosa batalla. en la cual entre trágicos sucesos se ve una notable variedad de muertes, y entre ellas la de Orlando, y los demás doce Pares de Francia, que todos mueren á manos de Bernardo, y sus españoles.

Si mi carta los cómputos no yerra
Cerca de tierra estoy, tierra he sentido,
Mas tierra es la que veo, tierra, tierra,
Gracias al cielo, gracias, que la traído
Por los peligros que este golfo encierra
Mi frágil leño al puerto conocido,
Donde al cumplir el voto en sus extremos
Al sacro templo cuelgue vela y remos.

A Dios, vanos temores, que ya distes
En cobarde escuadron asalto al alma:
A Dios, Graus, Caribdis, Scilas tristes,
A quien de miedo creí rendir la palma:
Ya al puerto embisto, afuera los que fuistes
A mi viento feliz prolija calma,
Dejadme allá llegar, afuera, afuera,
Que siento el fresco ya de la ribera.

Ya de la fama los clarines siento
Con que le hacen sus devotos fiesta,
Y del altivo templo por el viento
Subir las puntas en dorada cresta:
Ya de sus cisnes al divino acento
La playa rie, y suena la floresta:
Ya mi aliento me da, que al viaje ignoto
De mi barca halle puerto, y cumpla el voto.

Ya entre los cuernos del caliente toro
El rubio dios que tuvo cuna en Delo,
Abriendo al mundo el celestial tesoro
De nueva y tierna luz bordaba el suelo;
Y del carro acerado el rayo de oro
Con que Marte trastorna y mide el cielo
Sobre los campos dió, y creció la saña
Al francés brio, y al furor de España.

El nuevo orgullo del cercano día,
Que habia de ser de tantos el postrero,
Al clarín de oro despertó, que hacia
Pomposa salva al rayo del luero:
Resonó el aire, y el furor que ardia
Las fuerzas refinó al templado acero
De aquellos mundos, que en dudosa suerte
Las estrellas guiaban á la muerte.

Dejan los mudos lechos, y allí entero,
El reposo que en tibia paz dormía,
Y el miserable vulgo, que el entero
Sol no ha de ver del comenzado día,
En tropa acude y ánimo altanero
A la tienda imperial, donde á porfia
Da priesa, y solicita de la vida
El postrer paso, y última partida.

¡Oh soberanas causas! que si el mundo
A vuestro superior gobierno unido
Trastornar os agrada, y con profundo
Saber darlo á mejor discurso asido,
Nuestra ignorancia que es medio segundo
Nos cargais por primero, y convencido
De error culpable nuestro incauto pecho,
Solo lo que ordenais en todo es hecho.

Acaudillando la orgullosa gente,
Que á su cercano fin se precipita,
El falso Galalon á la eminente
Tienda imperial llegó en aplauso y grita,
Donde en falaz discurso, y limpia frente,
Así al César razona, y necesita
A la cercana muerte que ya el hado
De la fortuna á Francia ha señalado.

«¡Oh invencible monarca! á quien del suelo
Lo mejor por cabeza y rey adora,

Muertes al enemigo desde lejos.

Antea, que del Soldan hija se llama,
Y del primer asirio rey descende,
Y por ver solo á Montalvan es fama
Que la suya por todo el orbe estiende,
Guerrera la hizo amor de tierna dama,
Que en la escuela de amor, ¿qué no se aprende?
Y hoy es en la reseña su persona
En beldad Venus, y en furor Belona.

Dos mil de su frison siguen la huella,
Con ricas telas de oro, y con turbantes,
De lo mejor del Cáucaso, donde ella
Cien castillos y mas rige importantes:
Un sol parece entre su escuadra bella,
Y los que van tras ella semejantes
A las ardientes lumbres de alegría,
Que tras su capitán la noche envía.

Mas ya de la imperial bandera el vuelo
Con las águilas negras campeaba,
Como tremolar tiembla del suelo
Cuanto el mar ciñe, y con sus tumbos lava:
Roldan guia este cuartel, Roldan que el cielo
Espada no crió ni alma mas brava,
Dichoso, si entre tanta hazaña fuera
Otra alguna antes desta la postrera.

Seguia por general de Francia el resto
Del campo su estandarte, y á su lado
Reinaldos, Oduardo, el duque Arnesto,
Y Galtier, de Oliveros hijo amado:
A este, con trato no del todo honesto,
Meridiana parió en el celebrado
Cercos de Montalvan, que en cualquier modo
El trato y la ocasion lo pueden todo.

Tuvo Oliveros (si en sus gustos hubo
Lugar para ello, y fue á su amor posible)
En dos el corazón, dos damas tuvo,
Y en dos repartió el alma indivisible:
A Florisena un tiempo la entretuvo,
A Meridiana dió prenda visible
De su amor, en la misma que ahora se arde
En llamas de oro en el vistoso alarde.

Así el campo pasó, y así en serena
Magestad hizo el águila su vuelo,
Unos llenos de gusto, otros de pena,
Unos de orgullo, y otros de recelo:
Cada uno tras su suerte mala, ó buena,
Que es destas varias frutas plaza el suelo,
Y con fortuna próspera, ó escasa,
En las alas del tiempo todo pasa.

ALEGORIA.

En el buen suceso de Gundemaro, y Arlaja, se muestra, que el cielo es tan justo en sus decretos, que pocas veces consiente que el inocente padezca sin culpa, sacándole libre de los riesgos, sin poner él de su parte mas que la limpieza de sus obras. En la muerte del rey Ormindas, y su dama, se dice el castigo que da el cielo al príncipe, que debiendo ser el aparato de la religion, la menosprecia y quebranta. Y en el origen de la ciudad de Granada, que solo la abundancia del oro hace las ciudades ricas y populosas; y que del oro nacen todas las grandezas de la tierra. Y la conversion de los hombres en gusanos de seda, nos dice claro, que el fin universal de los vivientes es convertirse en gusanos, é ir devanando la vida, labrando como el gusano de seda el capullo, que es la sepultura, no para acabarse allí, sino para resucitar con el alma inmortal, como palomita para volar á su esfera, cada uno conforme hubiere vivido. La transformacion de Doralice en fuente, significa, que todo el premio del vicio son lágrimas y arrepentimiento: y el alarde, ya en otra parte queda dicho lo que significa.

A cuyos firmes hombros dará el cielo
 Cuanto hasta el turbio ocaso ve la aurora :
 El fin dichoso que en heróico celo
 Aquí tus gentes trujo, y tiene ahora,
 Ya llamando á tu puerta te convida,
 Al triunfo y la victoria prometida.

Ya de tu ardiente carro los fogosos
 Caballos con relinchos placenteros
 Tus enemigos vuelven temerosos,
 Y empañan con bufidos sus aceros :
 Ya para ser señor de los famosos
 Montes de España, y á tus francos fieros
 Dar libre el rico saco que en sí encierra,
 Solo lo impide esta pequeña sierra.

Que les mandes marchar te ruegan solo
 Y á su altivo furor quites el freno,
 Que en pago te darán de polo á polo
 Cuanto de tierra y mar abraza el seno :
 Verá tus lirios de oro el rubio Apolo
 Cuando en el Ganges bebe, y cuando lleno
 De la encendida lumbre que le abrasa
 Tetis le ahoga en su profunda casa.

Esto el humilde pueblo, y los magnates,
 Que tus pobladas águilas seguimos,
 Por los vencidos reinos y combates
 Que á tu servivio dieron te pedimos :
 Con solo esto rogamos que rescates
 Tu obligacion, si alguna te pusimos,
 Y que por la licencia que les dieres
 Cobres á España, y goces sus placeres.

¿Quién te detiene el brio? ¿quién refrena
 Del impetu francés tu pecho ardiente?
 Mira que es remision de culpa llena
 En tí el vencer tan tibia y flojamente :
 Rompe, señor, del todo desenfrena
 Ese raudal de tu invencible gente,
 Acepta el triunfo que te ofrece el hado,
 Y ten vergüenza de vencer rogado.

Venga á justo derecho, ó no le venga,
 La guerra que hoy fortuna va trazando,
 Con tal que yo por capitán te tenga,
 Y al romper de tu boca sienta el bando.
 Tu gusto es ley, convenga, ó no convenga,
 Tuyo es el mundo, y fue, ¿qué estás dudando?
 Un sol hay en el cielo, y en la tierra
 Un solo emperador en paz y en guerra.

Todos cual ves esperan que estos pardos
 Riscos, que solo impiden tu victoria,
 Les mandes escalar, y á los bastardos
 Godos quitar la antigua vanagloria;
 Que ya llenos sus ánimos gallardos
 Del deseo de dejar de sí memoria,
 El de mas tibio y mas helado pecho
 Está una salamandra de honra hecho.

Dijo, y el César, ya con las razones
 Del lisonjero conde el alma llena
 De hidrópica ambicion, tras sus pendones
 Que marche á toda furia el campo ordena :
 Rompen trincheas, alzan pabellones,
 Tocaban las cajas, y el clarín resuena
 Por las cóncavas cuevas, y los riscos
 De gramas entoldados y lentiscos.

Con el furor que la impelida llama
 De un recio viento á un bosque seco arroja
 La tragadora furia, en que arde y brama
 En resonante hervir la selva roja,
 Suda el verde laurel, arde la grama,
 Vuela del fresno en humo el tronco y hoja,
 Y todo al fin por dó el incendio pasa,
 El monte asombra, y su ladera abrasa;

Así al son de trompetas y atambores
 Y con igual furor sube marchando
 Por los riscos altivos miradores
 Del grave Pirineo el francés bando :
 Tiemblan los pinos, gimen los alcóres

Dehajo el grave peso, y no bastando
 A refrenar su furia, el valle escaso
 Les da á no poder mas humilde el paso.

El viejo y encorvado Pirineo,
 A quien del cielo el brazo eterno puso
 Con riendas de oro al paso del deseo
 De un pueblo y otro de su trato y uso;
 Y por mejor y altísimo trofeo
 De paz y eternas treguas le compuso
 Entre las dos naciones, que feroces
 Hoy su sosiego han perturbado á voces;

De las huecas alcobas, donde tiene
 En estrados de plata reclinada
 La grave espalda, que corriendo viene
 De la una mar á la otra mar salada;
 Al rumor de la gente que detiene,
 Su cabeza de encinas coronada
 Dicen que alzó entre riscos, y la tierra
 Tembló al abrir sus ojos la gran sierra.

Y viendo por sus hombros derramadas
 Del francés reino las legiones fieras,
 De las lustrosas armas las doradas
 Luces, y el tremolar de las banderas,
 Las leyes de sus límites quebradas,
 Y que por pretensiones altaneras
 Lo que el cielo apartó en concordia sana,
 Juntar pretende la ambicion humana;

«¿Quién, dijo, con tan bárbaros intentos
 Del mundo la quietud ha revelado?
 ¿Qué nuevos monstruos de ánimos violentos
 Por mis revueltas breñas se han sembrado?
 ¿A qué fin con tan graves movimientos
 De armas mi inculco seno veo preñado,
 Que con ciego alboroto y son de guerra
 Los confines asordan de mi tierra?»

«¿Qué mas discordia habrá, cuando en el cielo
 El sol se abraza, y queme las estrellas?
 ¿Cuando la mar se estiende sobre el suelo,
 Y sus olas levante encima dellas?
 ¿Cuando del tiempo el concertado vuelo
 Se quiebre y rompa, y las lazadas bellas,
 Que encadenaban toda esta armonía,
 Las deshaga y consuma el postrer día?»

«Cuando quebrada la mortal columna,
 Que ahora es firme asiento de las cosas,
 Tras la enlutada esfera de la luna
 Los estrellas se arrojen perezosas,
 Y en la mar anegadas de una en una,
 Se encienda el aire en llamas espantosas
 Que los polos abrasen, y entretanto
 Todo se vuelva á su primer espanto.»

Ni entonces podrá haber mayor revuelta,
 Ni mundo mas confuso y alterado,
 Ni aquella eterna noche en sombra envuelta
 Le pondrá mas suspenso y enlutado :
 La tierra veo un mar de sangre vuelta,
 El aire de cometas rodeado,
 Las estrellas sin luz, y en medio el cielo
 Cubierto el sol de un amarillo velo.

Ya otras veces mis hombros deste peso
 Cargado, y estas mismas armas tuve,
 Mas no tan graves, ni de tanto esceso,
 Como el que ora por cima dellos sube.
 O aquí el mundo ha juntado el gran proceso
 De sus edades, y esta densa nube
 Preñada va de su potencia y saña,
 O cual sentir caduco el mio se engaña.

Mas peso y carga de mayores gentes
 Nunca de España el belicoso suelo
 Junta oprimió, ni á brazos mas valientes
 En un solo escuadron dió aliento el cielo,
 Ni cuando á saquear de mis vertientes
 Las ricas costras de argentado yelo,
 La hambre de Fenicia, ni el estrago
 Sobre mí vino de la gran Cartago.

Ni cuando á sus soberbios pensamientos
 El fiero hijo de Isman alzó pendones,
 Cuyos mal reprimidos movimientos
 Desmembraron de Siria estas regiones;
 Y de Meroan cortando los intentos
 Al reino cordobés dieron blasones,
 Con que al mundo temblar, y á España hizo
 Humillarse á un tirano advenedizo.

Ni al tiempo que el mancebo Abenhumea
 En Portunio abatió su media luna,
 Ni cuando en riesgo la servil ralea
 De esclavos le embistió guerra importuna;
 Ni el cruel desman de otra francés pelea,
 Triste ensaye y agüero de fortuna,
 A este se iguala, con que altiva intenta
 De toda su ambicion tomarle cuenta.

Mas si el oculto discurrir del hado,
 Y de las parcas el estambre y huso,
 A la francesa magestad han dado
 Su crecimiento hasta este punto incluso;
 Si hasta aquí tiene el cielo decretado
 Que llegue, y por sus límites le puso
 La cumbre, que ya sube y quiere á una
 Que della le despena la fortuna;

Yo doy lugar á lo que el cielo ordena
 El paso libre, y el camino lano :
 Esto á la gran montaña de años llena
 Es fama que le oyó el bosque cercano,
 Y el feroz campo, cuyo curso atruena
 Los vecinos contornos, llegó ufano
 A la alta cumbre, donde en vista fiera
 El español ejército le espera.

Tembló el brio francés viendo al contrario,
 Y de pálido y triste horror cubierto,
 Volvió en semblante humilde el temerario,
 Con que antes el vencer tuvo por cierto :
 Y ya en mas orden mide y pesa el vario
 Brazo de la fortuna sin concierto,
 Que hace diversos visos y reflejos
 Ver la muerte á los ojos, ó de lejos.

En tres gruesas escuadras su potente
 Ejército el francés ordena y parte
 El diestro cuerno con la invicta gente
 Que arrastró de Girona el estandarte,
 Hecha á vencer lombardos; y al valiente
 Gradaso, y Mandricardo, da y reparte
 A cuenta de Reynaldos, que á su lado
 Parece un invencible Marte armado.

La segunda de ricos precios llena
 Del destrozado campo de Agramante,
 Que su fama á la ardiente Libia atruena
 En bético aparato y voz triunfante,
 Con mas palmas que nacen en su arena,
 Y mas triunfos que alerces cria Atlante,
 A tí, fiero Duñon, y á tu braveza,
 Dió el César por gobierno, y por cabeza.

Lo restante del campo, que á la trompa
 De la fama añadió sonoro aliento,
 Y sin que el tiempo el de sus bronces rompa
 Sobre su altar tendrán eterno asiento,
 Con el César, que en grave aplauso y pompa
 Principes le acompañan ciento á ciento,
 A cuenta va del gran señor de Anglante,
 A un invicto Centauro semejante.

Aquí entre otros jayanes, cuyas sienies
 Diadema de oro por los yelmos eñe
 Y á sus vecinos reinos con desdenes
 Fortuna á dar tributo y fe constriñe,
 Leofante va, y Fabúreo, por rehenes
 De la una y otra Arabia, que les tiñe
 De rojo los escudos, donde lleva
 Este un cisne, y aquel la luna nueva.

De la otra parte el grave Alfonso empieza
 A mover con su ejército asturiano
 En número inferior, mas no en braveza

A ningun pecho ni valor humano :
 Por gallardo caudillo, y por cabeza
 Del Carpio ilustre el dueño soberano,
 Cual delante del sol sale el lucero
 Ardiendo en llamas de oro, y limpio acero.

Sobre un caballo negro azabachado,
 De pequeñas orejas y cabeza,
 De un sol blanco en la frente reniendado,
 Fogosos ojos, llenos de viveza,
 Tresalbo, ancho de pecho, y levantado,
 De corta clin, y presta ligereza,
 Las hinchadas narices con su aliento
 Son espuma al jaez, y fuego al viento.

Enaspando las manos de brioso,
 La cola entre las piernas escondida,
 De concertado freno, y paso airoso,
 Y á blanda rienda su altivez rendida;
 Armado el rico arnés de oro fogoso,
 Que ya fue de Vulcano obra escogida,
 Ardiendo en rayos de sus piedras bellas,
 Como el cielo en la luz de sus estrellas.

De blancas plumas un penacho altivo,
 Que el aire en crespo tremolar le enreda,
 De oro grabado el peto, en que el cautivo
 Pecho, mas no de amor, salvarse pueda:
 En el escudo de fortuna al vivo
 Hecha pedazos la inconstante rueda,
 De perlas, oro y pedrería sembrada,
 Y por letra, «no hay otra que mi espada.»

Cual sobre el austro ardiente al pardo moro
 El soberbio Centauro mide el cielo,
 Y en margen de cristal tiembla el sonoro
 Golfo al ver trastornar su rauda vuelo,
 Y el con mallas de plata, y peto de oro,
 Su estrellada grandeza muestra al suelo,
 Tal en arnés vistoso relumbrante
 Bernardo está á su ejército delante.

Su venerable rey, que la potencia
 Del orbe sobre España venir siente,
 Y que para tan grave resistencia
 Cuanto tiene le importa de valiente,
 Mostrando en todo que su real presencia
 Es alma invicta á su invencible gente,
 De en medio della, con saber profundo,
 Así empezó á hablar, y escuchó el mundo.

«Invictos héroes, que por tantos modos
 El tiempo en vuestros pechos examina
 El gran caudal que en los soberbios godos
 El feliz temple castellano afina;
 Hoy, por daros de un golpe juntos todos
 Los triunfos de la tierra, determina
 Rendir á vuestros piés, por vuestras manos,
 Los que en vencerla toda están ufanos.»

Por no poder llevar vuestras espadas
 A trastornar los montes del Oriente,
 Ni á vencer las regiones escarchadas
 Del Norte, ni de Libia el suelo ardiente;
 Los triunfos todos de esas derramadas
 Naciones os los trae en esta gente,
 Que hoy cuanta honra ha ganado por la tierra
 Al pié os la viene á dar desta alta sierra.

Mas no por verlos en tan grave punto,
 De la instable fortuna acariciados,
 Su arrogante opinion, vano trasunto,
 De ambicion loca, os deje acobardados,
 Que toda esta altivez y orgullo junto
 Ya de vencerlo estais acostumbrados :
 ¿Cuando el furor fantástico de Francia
 Contra el brazo español fue de importancia?

Bien saben que es comprar á cargas de orop
 Un día de treguas y de paz á España,
 No huyendo del persa, ni del moro,
 Sino del catalan coraje y saña :
 Cuando Teudio, su rey, vida y tesoro
 Al paso les quitó desta montaña,

Habiéndole pagado hasta una huella
 A peso de oro de los riscos della.
 Del extremeño Clanio la persona,
 Que ya dos veces con tasada gente
 De la francesa sangre en Carcasona
 Arroyos hizo, y sus montañas fuente,
 ¿Fue mas que español nuestro? á Tarragona,
 Cuando de su nobleza lo eminente
 Dió montes de sepulcros á Igualada,
 ¿Cuyo fue el brazo? ¿quién prestó la espada?
 Ni penseis que los siglos han mudado
 A estas como á otras cosas las corrientes,
 Habiendo allí crecido, aquí menguado,
 Los ánimos y brios de las gentes:
 Los mismos son que fueron: ya probado
 Tiene esta nuestra sierra y sus vertientes
 Su esfuerzo, sus dorados lirios bellos
 Bien saben vuestros brazos deshacellos.
 El bravo orgullo es este que delante
 Con fantásticos miedos os asombra.
 La causa de la guerra su arrogante
 Soberbia, otra aparente y vana sombra;
 Ambiciosa codicia es lo restante,
 Aunque el ofrecimiento mio la nombra:
 Vuestro derecho, oh héroes asturianos,
 Es librar nuestro reino de sus muros.
 Quien de su amada patria el fiel regazo,
 Donde el dichoso nace, vive y muere,
 Y de la nueva esposa al dulce abrazo
 Volver sin mancha á su nobleza quiere;
 Quien del pequeño hijo el tierno lazo
 Tornar al grave cuello pretendiere,
 Y no humillar de la cerviz altiva
 El libre suyo á sujecion cautiva;
 Con la enemiga sangre derramada
 Le importa iluminar la ejecutoria,
 Honor perdido, ó libertad ganada,
 Es ganar ó perder esta victoria:
 ¡Oh intrépido escuadron! á cuya espada
 El cielo ofrece semejante gloria,
 Librad la invicta patria, y haced vuestra
 De un golpe la honra que de aquí se muestra.»
 Dijo, y á su discurso el campo altivo
 En bético furor se enciende y arde,
 Suena el arnés de Marte vengativo,
 Fuego ardiente al feroz, yelo al cobarde:
 Quién del diestro venablo, quién del vivo
 Filo del corvo alfange hace alarde,
 Y quién, blandiendo la nudosa lanza,
 Sin moverse al contrario se abalanza.
 En tanto el francés campo el aire impuro
 Lleno de aguieros tristes mira atento,
 El negro valle de un celage obscuro
 En torno le entoldó, y espesó el viento:
 Del lado izquierdo, sobre un risco duro,
 Sonó de un pardo buho el ronco acento,
 Y de tres cuervos un combate fiero
 Entre la nube y su enlutado agüero.
 Desvaneció la sombra, salió el día,
 Cubierto el sol con un sangriento velo,
 Y del Norte una alegre compañía,
 De doce blancos cisnes batió el vuelo;
 Cuando una águila altiva, que venia
 De hácia el campo español, cubriendo el cielo
 En pompa de alas, y de artejos bellos,
 Con engrifadas garras se entró en ellos.
 Mezclóse al escuadron, creció la suma
 La reina de las aves, cuyo brio
 Hace que el blanco cerco se consuma,
 Y que las nubes den de sangre un río:
 Caen los destrozos de nevada pluma,
 Y muertos uno á uno el aire frío
 Los doce cisnes vuelve, cuyo vuelo
 Antes de blanca cinta ciñó el cielo.
 El César de tan graves causas lleno

Su cuidadoso discurrir revuelve;
 Mas ya empuñado el crédito, en sereno
 Semblante el alterado pecho vuelve:
 Rompe á la altiva magestad el freno,
 En ver el fin del hado se resuelve,
 Y fingiendo el placer, que no tenia,
 Así al campo habló que le seguia:
 «Oh ya del mundo diestros vencedores,
 Pueblo indomable, á cuyos brazos fieros,
 No hay pechos tan osados, ni fueros,
 Que no os rindan humildes sus aceros,
 De adonde en aromáticos olores
 Del tierno día beben los primeros
 Rayos de alegre luz, al mas distante
 Pueblo, á quien da su sombra el viejo Atlante;
 Ya de la gran jornada el postrer día,
 Con tantas diligencias procurado,
 Vuestra braveza llama y desafia
 Al modo de vencer acostumbrado:
 De los gallardos brazos la osadia
 Que el mundo hizo temblar, hoy con doblado
 Esfuerzo es el mostrarla conveniente
 En el vencer esta indomable gente.
 No hay nacion tan remota y apartada
 Desde donde la oculta Tile humea,
 Hasta el feroz Centauro, que en dorada
 Una en el polo Antártico pasea,
 Que al filo agudo de esa invicta espada
 Nuevo trofeo de altivez no sea,
 Ni desde el indio oculto al mar de Oriente
 Quien no se asombre á su vislumbre ardiente.
 Ya pues para que en carros de leones,
 Y en triunfo universal gozeis la tierra,
 A vuestra fama solos los mojonos
 Resta allanar desta enemiga tierra;
 Con esto haceis de todas las naciones
 Un reino solo, solo en esta guerra
 Está el ser invencibles, ó que el mundo
 Aun todavia os dé el lugar segundo.
 Mas ¿para qué en palabras entretengo
 El triunfo que tal brio me asegura,
 Si lo poco que en ellas me detengo
 De corriente le quito á mi ventura?
 Esto les doy de vida, hasta aqui vengo
 A serles franco rey, gozen segura
 Libertad este rato, ya el postrero
 Que el hado les otorga, y vuestro acero.
 Que aunque ceñidas de laurel triunfante
 Por vuestra espada mis ancianas sienas
 Ya vi otras veces, nunca en tan pujante
 Gusto, ni en colmo de tan altos bienes:
 Ni cuando el fiero campo de Agramante
 Me dió en vencidos reyes sus rehenes,
 Ni cuando de Gradaso, y de Mambrino
 Y Almonte, el triplicado triunfo vino:
 Ni cuando á Desiderio en Lombardia
 Mi tributario hice, ni con tanta
 Gloria entré en Roma á recibir un dia
 Del sacro imperio la diadema santa:
 Que á todos estos actos de alegría
 Este los sobrepuja y adelanta,
 A esta victoria y triunfo los pasados
 Son márgenes de gustos abreviados.
 Sola una cosa, oh jóvenes gallardos,
 La fe me otorgue de este pecho fiero
 Que contra los rendidos vuestros dardos,
 Ni se armen de rigor, ni sean de acero:
 El que en ligero vuelo, ó pasos tardos,
 Se os rindiere, tendreis por compañero,
 Sea vuestro ciudadano el que huyere,
 O el que por no morir se defendiere.
 De los demás sin reservar viviente
 La sangre riegue vuestros lirios de oro,
 Muera su rey falaz, muera su gente,
 Muera el leonés, el árabe y el moro:

A ellos, invicta casta descendiente
 Del que á Hector engendró, y á Polidoro,
 Que aun ya desde esta altura donde estamos
 Por superiores suyos nos contamos.»
 Dijo, y en frio silencio amortiguado
 Se vió el primer orgullo bullicioso,
 De la vecina muerte demudado
 El pálido semblante al mas brioso:
 Da latidos el pecho al mas osado,
 Temen el arrogante y el medroso,
 Y entibiar en tal trance los guerreros
 Es el peor de todos los agüeros.
 Mas no solo temblaron los presentes
 De su cercano fin al triste ensayo,
 Que no se halló francés entre las gentes
 Que entonces no sintiese algun desmayo:
 O fuesen de los hados las corrientes,
 O de signo infeliz precioso rayo,
 Que á las francesas armas poderosas
 El curso trastornaba de las cosas.
 Todos al fin los que en el mundo habia
 Por regiones incógnitas sembrados
 Los azares sintieron de aquel día,
 Y los pechos hallaron desmayados:
 Los de la Libia cruel, los de la pia
 Moscovia, los humildes, los honrados,
 El que en Tiro sus púrpuras rescata,
 Y el que de solo el ocio en Paris trata.
 El César á vencer acostumbrado
 Se vió tambien suspenso un rato en duda,
 Hiere al luciente acero el sol dorado,
 Y el aire en sangre y luto se demuda;
 Cuando de la fortuna arrebatado
 El uno y otro ejército se muda
 En busca de la muerte, que aprestada
 Da el postrer filo á su tajante espada.
 Vánse acercando, suenan los clarines
 Entre las peñas con quebrados ecos,
 Y puestos ya en los últimos confines
 Del fatal monte y sus peñascos huecos;
 Del vario tiempo los dudosos fines,
 Y del triste hado los variables truecos
 Su orgullo asombran, y al dudoso caso
 Suspenso dan el amagado paso.
 En tanto la piedad y ambicion juntas
 En medio hacen su batalla aparte;
 La piedad, viendo en aceradas puntas
 De Carlos y de Alfonso el estandarte,
 Que con doradas cruces, sus conjuntas
 Naciones hijas son de un mismo Marte,
 De un gremio, de una ley, de un clima y cielo,
 No sabe cual seguir por mejor celo.
 Duda cual de los dos sea su enemigo,
 Si el católico rey, si el rey cristiano,
 Bien que de entrambos con halago amigo
 Tocar desea de paz la honesta mano:
 Ya en esto, puesto el cielo por testigo
 A embestir iba el pecho á Carlo Mano,
 Cuando de la ambicion fue rebatida
 De un golpe tal, que la dejó sin vida.
 Es ciega la ambicion, y ardiendo en ira,
 Ni tiene superior, ni igual consiente,
 Ni reconoce á Dios, ni á su ley mira,
 Ni guarda fe al amigo, ni al pariente;
 Todo lo arrasa, á todos blancos tira,
 Y ahora, llena del furor presente,
 Pasó por mas victoria de su mano
 El duro corazon á Carlo Mano.
 Y el resto del fantástico semblante
 Al justo de un feroz jayán lo entalla,
 Y por alma cruel lo da á Morgante,
 Que aquel día antes vino á la batalla;
 Donde puesto al ejército delante
 Sale ardiendo el primero á comenzalla,
 Y acrecentada de ambicion la injuria,

¿Que rienda bastará contra su furia?
 Muévense entrambos campos, semejantes
 A dos tejidas selvas, cuyos pinos
 Son espigadas lanzas relumbrantes,
 Y las copadas hayas yelmos finos:
 Las ramas son plumeros tremolantes,
 Donde hace el viento bellos remolinos,
 Y á las varias centellas del acero
 En que el sol quiebra, se arde el bosque entero.
 Llega junta á chocar la muchedumbre
 Al son de belicosos instrumentos,
 Gimió de Roncesvalles la alta cumbre
 En roncos y trísticos acentos:
 Suena el acero, asombra su vislumbre,
 Y el Pirineo tembló por los cimientos,
 Las madres dentro en los vecinos techos
 Sus hijos abrigaron á sus pechos.
 Ahora es tiempo, oh sacra Melpomene,
 Que en trágico furor vuele mi pluma,
 Y tal su belicoso acento suene,
 Que ni olvido ni envidia lo consuma;
 Antes el mundo así sus versos llene,
 Que aun reducidos á compendio y suma,
 Tanto ensanche mi voz su nombre altivo,
 Que quien dellos no hablare no esté vivo.
 Cual soberbio centauro, que el monte Osa
 En veloz curso rompe y atraviesa,
 Y entero un pino da á la poderosa
 Mano, haciendo dél liviana empresa,
 Tiembla la alta montaña cavernosa,
 Y él, cual turbio raudal rota la presa,
 Hasta arrojar en el vecino valle,
 Por cuanto al paso encuentra hace calle;
 Tal Morgante, amor nuevo de la bella
 Angélica, á romper la primer lanza
 En el campo español vuela con ella,
 Y á entrarse por sus puntas se abalanza:
 Encontró á Gravelindos de la Estrella,
 Quitándole su encuentro la esperanza
 De suceder en Lugo á Bahamonte,
 Y sus armas trocar por las de Almonte.
 Rompió la lanza en él, y con la espada
 Furioso se arrojó en el campo hispano,
 Abriendo por la gente mas granada
 Sangriento estrago su arrogante mano:
 De tajo, de revés, y de estocada,
 Hiere, ahuyenta, y mata al mas cercano,
 Carga, y revuelve su indomable potro,
 De aquí, y de allí, sobre este, aquel, y el otro.
 Reynaldos encontró del fiel Carpento
 El gripado leon en verde escudo,
 Pasando entrambos cual ligero viento,
 Este herido en el brazo, y aquel mudo:
 Mas del feroz Roldan, quién el violento
 Curso dirá, y encuentro? que al membrudo
 Vidaurre dió en sus ocho escudos de oro
 Tal, que el monte atronó el rumor sonoro.
 Fue el navarro á caer desacordado,
 Mas revolviendo con mejor sentido,
 Dejó al conde, que en medio del cerrado
 Escuadron ve de seis á un tiempo herido;
 Y á Angelin encontró, que confiado
 De dar muerte á Reyner volvia teñido
 De fresca sangre el brazo, y un agudo
 Trozo de lanza por el roto escudo.
 Del golpe que á Roldan causara espanto,
 O temor, si atendiera su pujanza,
 Al conde de Burdeos llegó tanto,
 Que pudo dar á su Reyner venganza:
 Rasgó el escudo, el brazo, el velmo, y cuanto
 Desde el plumero á la escarcela alcanza,
 Plumas, armas, caballo, y caballero.
 Al duque Astolfo, que á vengar venia
 La muerte de Angelin, volvió furioso,

Y en gallarda y trabada batería
 Dar principio se vió á un combate hermoso:
 Mas tanta era la gente que moria
 De un campo y otro, tanto el temeroso
 Resonar de los golpes y tormenta,
 Que no es posible dar de todos cuenta.
 El bravo Durandarte, el gran Ricardo,
 Gayferos, Naymo, Oton, y Bellenguero,
 Anselmo, don Turpin, Avivio, Alardo,
 El aleman Godofre, el fiel Raynero,
 De todos hecho un escuadrón gallardo,
 Lanzando rayos de su ardiente acero,
 Por el revuelto ejército de España
 Rompiendo van en mortandad estraña.
 Destrozan, hieren, matan sin concierto,
 Rompen, desarman, y en sangriento lago
 Un número increíble dejan muerto,
 Y entre los vivos un horrible estrago:
 Quién el costado, quién el cuerpo abierto,
 Sin sentir de la muerte bebió el trago,
 Aquí uno, dos allí, y acullá ciento,
 Por tierra arroja su furor violento.
 A un tiempo ambos ejércitos difusos,
 Sin órden, modo, sin concierto, ni arte,
 En espantosa trápala los usos
 Y reglas quiebran del sangriento Marte:
 En ciegas tropas, y en monton confusos,
 De aquí y de allí, por esta y la otra parte,
 De á caballo y á pié, todos á una
 Al gran desman se mezclan de fortuna.
 Ni los diestros sargentos, ni el prudente
 Capitan, pueden reducir á modo
 La descompuesta confusion de gente:
 En que se enreda y enmaraña todo:
 Mezclados el cobarde, y el valiente,
 El español, francés, normando, y godo,
 El noble, y el plebeyo, el alto, el bajo,
 El que viste armas, y el que no las trajo.
 Retumba el hueco valle á los acentos
 Del ronco y triste son de las espadas,
 Hieren las voces los confusos vientos,
 Y el romper de las armas encontradas:
 Corren del monte horrible rios sangrientos,
 Volcando arneses, grevas y celadas
 A los vecinos valles, ya cubiertos
 De enteros escuadrones de hombres muertos.
 Mézclase en los ejércitos la muerte,
 Y mil vidas se lleva de un encuentro,
 Que aunque cada una asida de su suerte,
 Todas al fin van á parar á un centro:
 Trafilo, yendo á herir á Ernesto el fuerte,
 Por la espada de Andronio se entró dentro,
 Quedando al descender el golpe incierto
 Libre el vencido, y el contrario muerto.
 Llevóle Fanio á Isarco de una altiva
 Herida la cortés cabeza á vuelo,
 Ven los ojos quedarse el cuerpo arriba,
 Y ellos bajar con toda el alma al suelo:
 Rió Sarpelo en ver que medio viva,
 Yendo á hablar, le ató la lengua el velo,
 Y á él por trocar los yelmos una flecha
 Las sienes le cosió, y pasó derecha.
 Un venablo por medio de los pechos
 Iba á Rubin buscando las espaldas,
 Cuando otros dos en él dieron derechos,
 Y él de aquel monte en las sangrientas faldas:
 Y el alma por tres pasos tan estrechos,
 A volver rojas las violetas gualdas,
 Duda el salir, cuando de un golpe abierta
 La cabeza le dió bastante puerta.
 Cayó tras él Sirinto, y Aldigero,
 Con armas encontradas y sangrientas,
 Este gran bebedor, y aquel parlero,
 Y un golpe los libró de dos afrentas:
 De un campo y otro, Alcín aventurero,

Y el capitan Obando, las violentas
 Lanzas quebraron, yendo al campo abierto
 El uno medio vivo, el otro muerto:
 A los piés de Chaquin cayó Sarrento,
 Que entre unos riscos de la mar tenia
 Mujer é hijos, y en quietud contento
 Con anchas redes de pescar vivia:
 Creíóle la ambicion, mudó de intento
 Viniéndose á la guerra, y aquel día,
 De un fiero golpe ya rotos los cascos,
 Por la paz suspiró de sus peñascos.
 Mas ¿cuál dios, oh Quevedo, el gran torrente
 De tu amorosa vena trocar pudo,
 Y de poeta altivo y elocuente
 Te trajo á ser entre las armas mudo?
 ¿Quién por pluma te dió la espada ardiente,
 Por dulces versos el pesado escudo,
 Y el mal seguro yelmo que ahora tienes,
 Por el laurel de tus heroicas sienes?
 Si querias guerras, con tu musa á solas
 Las pudieras cantar, cual ya hiciste
 Otro tiempo las armas españolas,
 Y de Rodrigo la tragedia triste:
 Mira, oh gallardo jóven, que las olas
 De antojos con que Apolo el alma embiste,
 Otras que no estas son, y que es de otra arte
 El poético furor, que no el de Marte.
 Apenas de oro el escarchado vello
 Hacia invisible sombra á tus mejillas,
 Cuando tu verso el mundo oyó, y en ello
 De Venus y de Adonis las mancillas:
 No sé por qué dejaste, oh jóven bello,
 De cantar las batallas por seguilas,
 Que para darcos desta una gran suma,
 Mas que tu espada nos valia tu pluma.
 Mas con deseos de cantar á España
 De sus invictos héroes las heridas,
 De acero armado, y de tu misma saña,
 Fuiste al campo á aprenderlas, no de oidas:
 Con limpio arnés que el aire en lumbres baña,
 Y sobre el yelmo plumas esparcidas,
 Que en lo pomposo y hueco de su rama
 De las alas parecen de la fama.
 En el escudo por empresa bella,
 Aludiendo al amor en que se fundá,
 Tu vihuela, sin otra cuerda en ella
 Que una prima, y por letra «sin segunda»: «
 O sea la luz que te guió, tu estrella,
 Tu música, tu canto, ó tu profunda
 Vena, todo era tal, y de tal modo,
 Que á todo junto ajusta, y cuadra á todo.
 Deste gallardo y belicoso aliento,
 O espíritu gentil acompañado,
 A los mayores riesgos mas contento
 Entrar te hacia tu ánimo arrojado,
 Y matando enemigos ciento á ciento
 Ya cantar tu victoria habias trazado,
 Cuando el deseo de alcanzar á Arbante
 Al golpe guiar te pudo Morgante.
 Cual fiero leon, si al corto dia de invierno
 Tras larga noche ayuno se levanta,
 Y al salir de su cueva un ciervo tierno,
 O nuevo toro ve entre planta y planta,
 A quien aun no ha salido firme el cuerno,
 Ni á los pechos le cuelga la garganta,
 Deja otras ocasiones, y al presente
 Las garras tienta, y apercibe el diente;
 Tal el gigante al jóven peregrino
 Su cruel hado le hizo que revuelva
 Con una lanza de un entero pino,
 Que ya fue adorno de una inculta selva:
 Pasó el dorado escudo, el peto fino,
 Y á salir hizo que la punta vuelva
 Por las espaldas, y el altivo cuello
 Caer dejó al un lado el rostro bello,

Mas ya es tiempo, oh deidades de Helicon,
 Que todas juntas deis á mi alma aliento,
 Que iguale, si es posible, á la persona
 De quien ya quiero comenzar el cuento;
 Y no en voz que se muda y desentona
 A cualquier paso, y con cualquiera viento,
 Mas en estilo de oro, y voz de acero,
 Vean que es de la verdad la fama un cerro.
 Y de aquel brazo, cuyas maravillas
 Asombraron un tierpo las estrellas,
 Para que ahora hagan en oillas
 Lo mismo que en el mundo hizo el vellas;
 De esas doradas sacrosantas sillas
 Bajad á oír mi canto, oh ninfas bellas,
 Por cuyas manos el licor se vierte,
 Que hace dulces engaños á la muerte.
 Salió gallardo el príncipe de España
 Luego que el francés campo vió deshecho,
 Que hasta aquel punto reprimió la saña
 Para mejor justificar su hecho:
 Y cual hambriento leon, si en la montaña
 La aguda hambre que le escarva el pecho,
 El tímido rebaño, y sin gente
 Ni pastor, desde lejos balar siente,
 Haciendo estrago y riza de mil suertes
 Entra bañando en sangre diente y garras,
 Tal el feroz caudillo, de los fuertes
 Montañeses, saltó el palenque y barras:
 Y en varios golpes, y en diversas muertes,
 Lances nuevos probó, pruebas bizarras,
 Asombrando su espada al campo todo,
 Ya deste, ya de aquel, ya de otro modo.
 Al galan Durandarte, desde lejos
 En ricas plumas y armas señalado,
 Pasar vió entre las lumbres y reflejos,
 Que el sol sacaba de su arnés dorado:
 Y al verse en sus clarísimos espejos
 Tan furioso llegó, que á no ir cebado
 En dar muerte al francés, si se mirara,
 De su misma braveza se espantara.
 Mas la gallarda espada al brazo altivo,
 Igual en la fineza y la ventura,
 Sobre él corrió con golpe tan esquivo,
 Que ni bastó reparo ni armadura:
 Hiende el escudo, el yelmo, y á lo vivo
 Del costado bajó, donde en segura
 Paz su Belerma hermosa está escondida,
 Que pudo aquella vez darle la vida.
 Traía entre un riquísimo tesoro
 Su dama en el escudo retratada
 Con tan nueva hermosura y tal decoro,
 Que fuera otra Medusa bien mirada:
 Un Cupido á sus piés labrado de oro
 Sobre su venda dando otra lazada,
 Y de diamantes esta cifra bella,
 «Medroso de morir si llega á vella.»
 Sintió el tierno amador ver dividido
 De tal manera su encantado escudo,
 Que de la rica imagen de Cupido
 Nada dejó á su dama el filo agudo;
 Y desto mas que del dolor herido,
 Con cuanto brio su arrogancia pudo
 Tan fiero el brazo alzó que al derriballe
 El monte hizo temblar, y atronó el valle.
 La cabeza humilló hasta los arzones
 Bernardo á la agraviada hermosura,
 Que en el menguado escudo sus facciones
 Muestran, que aun mas se debe á tal figura:
 Mas no se iguala el término á los dones,
 Que él fue cortés, pero ellos de hechura,
 Que al primer golpe que acertó de lleno
 Dió al valiente francés por cama el heno.
 Reynaldos que llegó cuando caía
 Admirado de heridas tan gallardas,
 «Valiente español, dijo, este es mi día,

Si como debes sin temor me aguardas:
 Con esa tuya, y con la espada mia
 De roja sangre y de tinieblas pardas
 Famosa estatua te dará la suerte
 De heroicos hechos, y de honrada muerte.»
 Dijo, y á un tiempo igual ambos guerreros,
 A dos manos sin guarda ni cubierta,
 A buscar su victoria bajan fieros,
 El uno á Balisarda, otro á Fusberta:
 Esta dobló en las armas sus aceros,
 Mas aquella con tal destreza acierta
 Sobre el hadado yelmo de Mambrino,
 Que todo el oercó de oro al suelo vino.
 No le admiró á Reynaldos ver falsado
 El encantado acero, que ya pudo
 De todo un mundo defenderle armado,
 Ni roto el leon barrado de su escudo,
 Que lo que entonces le dejó admirado
 El golpe fue del español sañado,
 Con quien los de Mambrino, y los de Orlando,
 Golpes de folla son dados burlando.
 Mas no por eso se acobarda un punto,
 Que el apetito de honra aumenta el brio;
 Antes con uno y otro aliento junto
 Rompe arrogante de furor un rio:
 Parece de los dos vivo el trasunto
 De Aquiles y Hector, cuyo desafío
 Dejó sobre los muros de Neptuno
 Despues de gran porfia muerto al uno.
 Hiere Reynaldos al valiente godo
 En confusa batalla de mil suertes,
 Y él tras su ofensa por el mismo modo
 Intenta en él mil géneros de muertes:
 Todo lo buscan, y lo prueban todo,
 Con pechos nobles, y con brazos fuertes,
 De un golpe y otro, de una y otra herida,
 Buscando el fin de la contraria vida.
 Por seis partes herido, y desangrado,
 De Montalvan el príncipe se via,
 Y su enemigo en todo tan guardado,
 Que hecho de un diamante parecia:
 Cuando ya de morir determinado
 El roto leon borrado al suelo envia,
 Tomando á su Fusberta con dos manos
 Que hizo temblar los montes comarcanos.
 Y al sucesor del conde de Saldaña
 Que cubierto se entró para esperallo,
 Dió un golpe, y otro, y otro con tal saña,
 Que sin sentido le llevó el caballo,
 Hasta dónde al rey Casto una maraña
 De gente, ó por prendello, ó por matallo,
 Cercaba con el fiero rey Morgante,
 Que solo á todo junto era bastante.
 Mas aunque herido en el honor le halla
 El presente rigor, con pecho entero,
 Sin mas volver á la primer batalla,
 A guarecer su rey pasó ligero;
 Y al gigante feroz, que á rematalla
 Iba á todo el rigor de un golpe fiero,
 De la una y otra cólera impelido
 El suyo le quitó todo el sentido.
 Y al ofendido rey, que en tanto estrecho
 Halló sin esperanza de la vida,
 Cobrar caballo hizo, y largo trecho
 Arredrar dél la gente mal nacida,
 Que no hay tan fiero y arrogante pecho
 Que ose esperarle la segunda herida,
 Si el suyo con deseos de venganza
 A hacerla de veras se abalanza.
 Y viendo en salvo al rey, «señor, le dijo,
 No es justo así arriesgar vuestra persona,
 Unica y noble basa en que está fijo
 De España invicta el cetro y la corona...»
 Mas ya á este tiempo de Milon el hijo,
 Que enteros campos rinde y amontona